José Antonio FORTEA, *La Catedral de San Agustín de Hipona. Una reconstrucción histórica del templo, la vida y la ciudad de un obispo del norte de África en el siglo V*. Revista Agustiniana, Guadarrama (Madrid), 2016.

Interesante es, sin duda, esta obra que nos presenta el sacerdote y teólogo español José Antonio Fortea (1968), obra que –como él mismo nos advertirá– “no pretende presentarse como libro, sino como un artículo” (p. 1).

Así mismo, ésta no será sino el resultado de la “simple especulación” sobre los posibles orígenes, distribución, etc, tanto del templo, vida y ciudad en la que el gran obispo africano Agustín de Hipona (354-430) desarrollará toda su vida y labor pastoral:

“Durante muchos años me pregunté qué aspecto físico presentaría la catedral de San Agustín a los ojos de un hombre de nuestra época...., cómo sería una misa a principios del siglo V, cómo irían vestidos el obispo y el clero en el norte de África. Sobre todo la cuestión de cómo era materialmente el templo, el edificio de Agustín ha sido una curiosidad albergada en mi mente durante largo tiempo, una verdadera espina clavada en el intelecto. Leía y leía sermones y tratados del obispo Agustín, me lo imaginaba sentado en su cátedra, pero no podía imaginar su entorno sin caer en la fantasía”(p. 1).

Así, el autor nos ofrecerá –tras realizar una ardua investigación– algunos datos relevantes tales como las medidas (cuarenta y nueve metros de largo –contando el ábside– por veinte de ancho), ornamentación (mosaicos), aforo (setecientos fieles) e iluminación (treinta o cuarenta lámparas de aceite, pues los

cirios de cera de abeja irían sólo sobre el altar), entre otras, de la Basílica de la Paz o “*Basílica Maior*” con la que “el Padre más grande de la Iglesia latina” contaba en Hipona (actual Annaba, en Argelia).

Dicha Basílica será comparada con la romana de San Giorgio in Velabro (siglo VI).

No obstante, la agustiniana tendría una capacidad para albergar –según el autor– unos setecientos fieles (ocupando las naves laterales), por lo que el número de Eucaristías dominicales celebradas (no solamente aquí, sino también en otros templos) serían de unas cuatro, ya que él calcula una existencia de al menos cinco mil católicos de entre unos diez mil habitantes en Hipona.

Por otro lado, Fortea nos ofrece también una visión panorámica sobre la ciudad en la que se ubicaba dicha Basílica, así como el tipo de vida que en ésta se desarrollaba.

Caben destacar “aspectos llamativos” como:

1) qué tipos de vestiduras serían las empleadas por San Agustín; 2) qué aspecto presentaría la cátedra desde la que el obispo hiponense enseñaba y adoctrinaba a sus fieles o 3) qué tipo de ritual (estructura) seguiría a la hora de celebrar la Eucaristía.

No menos importantes, serán los que harán referencias a las costumbres del pueblo o incluso la duración temporal tanto de una predicación agustiniana (el autor la cifra en diez

minutos) como de la celebración eucarística (una media hora).

Por otra parte, nuestro autor desea mostrarnos que el sacramento penitencial, debido al hondo carácter sagrado con el que era percibido, tan sólo podría ser recibido por los fieles –desde el período que va comprendido entre el bautismo hasta la muerte– unas tres o cuatro veces.

Así mismo, tampoco existiría (a diferencia de nuestro momento actual) la celebración de la Eucaristía semanal, la cual sería reemplazada por el rezo –junto al pueblo– de la Liturgia de las Horas (*Laudes, Hora intermedia, Vísperas y Completas*), teniendo en cuenta además que los salmos serían recitados de memoria, pues no existía ningún tipo de Breviario.

De esta forma, solamente tendría lugar la Eucaristía dominical, celebrada sólo por la mañana, teniendo en cuenta además que aún no se había enseñado a los fieles el precepto de dicho día sagrado.

Con todo ello, el Padre Fortea deseará ensalzar, alabar y engrandecer –aún más si cabe– la inimitable e inigualable figura del gran Pastor, Teólogo y Doctor Agustín de Hipona, pues:

“San Agustín ya en vida acabó siendo venerado no sólo por su pueblo, sino también por los mismos obispos, que veían en él un modelo acabado del pastor de pastores” (p. 65).

Pablo Antonio Morillo Rey